

se leváronse arcos triunfales, y se le dieron, en cuantas pruebas de cariño pudiera esperar. El puente de Gray sobre el Schuylkill que tenía que atravesar Washington, estaba literalmente cubierto de laureles y sicomoras, y a cada uno de sus extremos habíanse erigido magníficos arcos llenos de emblemas, semejantes á los que se ponían en la antigua Roma. En el momento de pasar Washington por el antiguo puente de Schuylkill una mano invisible para él dejó caer sobre su cabeza una corona; miles de personas le acompañaron hasta la ciudad, y por la noche hubo iluminación en Filadelfia.

Cuando Washington cruzó el Delaware y desem-

barcó en la orilla de Jersey, fué saludado con el mayor entusiasmo por los habitantes de aquellos sitios; al llegar á la colina en dirección á Trenton pasó por debajo de un magnífico arco elevado en el puente bajo la dirección de las señoras de la ciudad. La corona de dicho arco se componía de laurel y diversas flores con una cinta donde se leía en grandes caracteres: 26 de Diciembre de 1776. En otro lado había un gran rótulo con letras doradas donde se leía lo siguiente: *El defensor de las madres será el protector de las hijas.* En el lado Norte veíanse alineadas trece niñas vestidas de blanco, la frente ornada de preciosas guirnaldas y ostentando en sus brazos cesti-



Museo de Washington

llas llenas de lozanas flores; detrás de ellas estaban las jóvenes y matronas de los alrededores, y en el momento de pasar Washington por el arco todas dejaron oír sus melodiosas voces, recitando la letra de una oda alusiva á la llegada del padre de la patria. Al cantar la última estrofa, las niñas cubrieron de flores el sitio por donde iba á pasar Washington, quien no pudo menos de conmoverse ante aquella escena sublime, que le hizo pronunciar frases que expresaban su profunda gratitud por tantas pruebas de cariño.

En Nueva-Brunswick reunióse el gobernador de Nueva-Jersey, quien le acompañó hasta Elizabethtown Point. Al llegar á este punto, fué recibido por una comisión del Congreso que le dispensó toda clase de distinciones, y el 23 de Abril embarcó en Point en una elegante balandra de trece remos, tri-

puada por otros tantos pilotos que vestían uniformes blancos. La bahía de Nueva-York, en el momento de llegar Washington, estaba literalmente cubierta de buques y botes empavesados que reboaban de espectadores, ansiosos por demostrar su cariño y respeto al grande hombre; pero tan poco interesában á Washington aquellas muestras del cariño popular, que al anotar en su *Diario* los sucesos de esta expedición lo siguiente: «Al contemplar los botes empavesados, á cuyo bordo dejábanse oír músicas, al escuchar las salvas de artillería y las aclamaciones del pueblo, que atronaban en mi oído, experimenté la más dolorosa sensación al reflexionar de qué distinto modo se me trataría si después de todos mis afanes y trabajos no consiguiera satisfacer las esperanzas del país.»

Al desembarcar en el muelle de Murray fué salu-



M. Solá-Sagalés. Editor

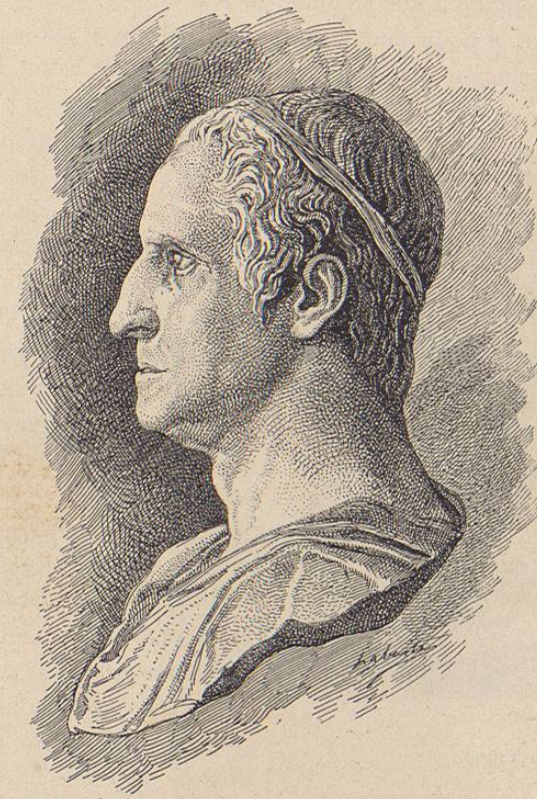
Lit. Miralles, Union 17.

PROCLAMACIÓN DE WASHINGTON.

dado por repetidas salvas de artillería, y el gobernador del Estado, las corporaciones de la Ciudad, el clero, los ministros extranjeros y un gran concurso de ciudadanos, le escoltaron hasta su residencia. El regocijo era general, y por la noche se iluminó toda la población brillantemente.

Habiendo resuelto el Congreso que se celebraran las acostumbradas ceremonias cuando jurara Was-

hington su nuevo cargo, fijóse para ello el 30 de Abril y se ofició en todas las iglesias de la ciudad á las nueve de la mañana. Poco después del medio día, fueron á buscar á Washington las comisiones del Congreso, y los jefes de todos los departamentos, formando una procesión que precedía al coche en que iba el Presidente escoltado por varios empleados civiles y ciudadanos. Al llegar á Federal



WASHINGTON, copia del célebre busto de G. Ceracchi, esculpido en vida de Washington.

Hall, Washington subió á la cámara del Senado y saliendo al balcón donde el Canciller Levingston debía tomarle el juramento, pronunció las siguientes palabras: «Juro solemnemente desempeñar con la mayor fidelidad el cargo de Presidente de los Estados-Unidos, haciendo todo lo posible para conservar, proteger y defender la Constitución.» Después, al tocar sus labios al sagrado libro, añadió: «Lo juro por Dios.»

Entonces el canciller volviéndose hacia el pueblo, exclamó con voz sonora: «¡Larga vida á Jorge Washington, Presidente de los Estados-Unidos!» Inmediatamente oyóse una aclamación inmensa, aterradora, lanzada por millares de bocas, y que hubiera bastado para dominar el estampido del cañón; hé

aquí lo que dice un espectador de aquella imponente escena: «Podrá decirse que hablo así porque soy un verdadero entusiasta del gran hombre, pero confieso que en aquellos momentos me persuadí de que el Todopoderoso, miraba complacido desde las alturas una escena tan sublime como importante para nosotros. Bajo la impresión de esta idea, cuando el canciller pronunció las palabras: «Larga vida á Jorge Washington,» hallaban mi corazón oprimido de tal modo, que siéndome imposible aclamar como los demás, no pude hacer otra cosa sino agitar mi sombrero.»

Inclinándose entonces Washington ante la multitud, entró en la Cámara para entregar su discurso inaugural; la dignidad, sabiduría y profundo talento

que revela este escrito, le hacen digno por todos conceptos de que lo reproduzcamos íntegro; hélo aquí:

*Ciudadanos del Senado y de la Cámara de Representantes:*

«Entre las muchas vicisitudes que ocurren en la vida, ninguna podría haberme impresionado tanto como la noticia que se me comunicó por vuestra orden el día 14 del presente mes. Por una parte, mi patria, cuya voz nunca pude oír sin sentirme poseído de veneración y respeto, me excitaba á que abandonase un retiro que dejé gustoso, á pesar de la lisonjera esperanza é inmutable resolución que tenía de



La tumba de Washington.

terminar en aquel asilo mis días, asilo cada vez más necesario y querido para mí, no tanto por mi inclinación, como por el estado de mi quebrantada salud; y por otra la magnitud del servicio que de mí exigía el país era bastante para infundir desconfianza al más sabio y experimentado de nuestros ciudadanos, y tanto más á mí, que no habiendo heredado superiores dotes de la naturaleza y careciendo de práctica en la administración, no puedo conceptuarme con suficiente aptitud para tan elevado puesto. Todo lo que yo puedo esperar al aceptar la misión que se me confiere, es que si por haberme dejado dominar por el sensible afecto que me inspira la gran prueba de confianza que me dan mis compatriotas, no he reconocido suficientemente mi incapacidad y poca inclinación al contraer tan graves deberes, se perdonará mi error en gracia de los motivos que me indujeron á obrar, y confío asimismo que mi país no me juzgue demasiado severamente.

»Siendo tales las circunstancias que concurren al presentarme á ocupar el elevado puesto al cual me llama mi país, paréceme indispensable en este acto oficial implorar fervorosamente el auxilio de ese Sér Todopoderoso que dirige los destinos del universo, que preside los Consejos de las naciones, y puede corregir los defectos de la humanidad. Yo le pediré que sus bendiciones consagren las libertades y el bienestar del pueblo de los Estados-Unidos, protegiendo á este Gobierno instituido por nosotros mismos.

»Al elevar al autor de todo lo creado mi ferviente súplica, seguro estoy de merecer la aprobación no sólo de vosotros, sino también la de mis conciudadanos, pues ningún pueblo como el de los Estados Unidos venera y respeta la mano invisible que dirige los destinos de los hombres. A cada paso que hemos dado para proclamarnos nación independiente, siempre nos ha favorecido la Providencia de un modo ú otro; y en la importante revolución que acaba de consumarse, y al establecer el nuevo sistema de gobierno, las tranquilas deliberaciones y el voluntario consentimiento de los diversos poderes del país, forman notable contraste con los medios de que se han valido otras naciones para organizar sus gobiernos respectivos, contraste que hace presagiar para nosotros el bienestar de este pueblo y la tranquilidad del país. Estas reflexiones están demasiado fijas en mi mente para que dejara de comunicáros-las, y creo pensaréis como yo que las presentes circunstancias son las más á propósito para que un gobierno libre entre en el desempeño de sus funciones.

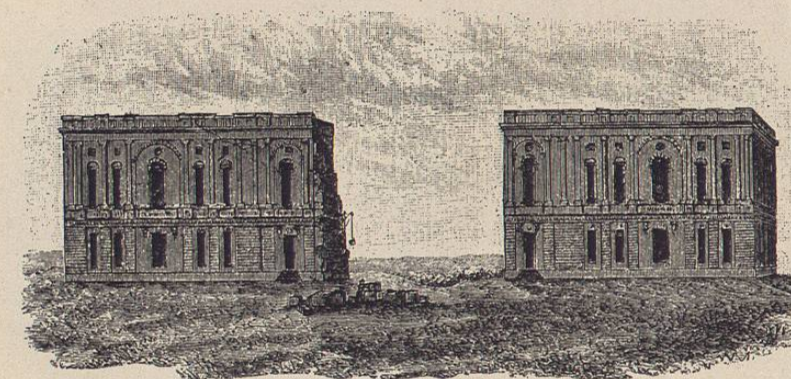
»Por el artículo que establece el departamento ejecutivo se previene que el deber del Presidente es recomendar á vuestra consideración las medidas que crea más oportunas y necesarias. En el caso presente no creo preciso entrar á discutir este punto sino en lo tocante á la gran carta Constitucional, por la que estáis aquí reunidos y que al definir vuestros poderes designa el objeto á que debéis consagrar vuestra atención. Por lo tanto, debo deciros que convendría mejor con mis ideas y sentimientos confiar en vuestro talento, rectitud y patriotismo, en vez de recomendaros particulares medidas; pues si por una parte estoy seguro que ni las preocupaciones locales, ni las miras interesadas, ni las animosidades de partido podrán influir en los hombres que deben cuidar de nuestros intereses, confío por la otra que nuestro sistema de política nacional estará basado en los inmutables principios de la moralidad privada, y que la preminencia del gobierno libre se

rodeará de todos los atributos convenientes para granjearse el afecto de los ciudadanos é imponer respeto al mundo. Yo confío en esto con toda la satisfacción que puede inspirarme el ardiente amor á mi patria, pues debemos estar persuadidos que la Providencia no se muestra nunca propicia con una nación que no observa las reglas eternas del orden y del derecho, tanto más necesarias cuando es preciso conservar el sagrado fuego de la libertad, y cuando el pueblo americano va á regirse por un nuevo gobierno que acaba de adoptar la forma republicana.

»Además de los asuntos ordinarios que son de vuestra incumbencia, á vosotros toca decidir hasta qué punto puede ejercerse el poder que confiere el quinto artículo de la Constitución, para lo cual ha de tenerse presentes las objeciones que se hicieron

contra el sistema y la inquietud á que aquellos dieron lugar. En vez de hacer recomendaciones particulares acerca de este punto, sobre el cual no tengo suficientes luces para discutir, confiaré igualmente en vuestro buen criterio y en vuestra rectitud, pues estoy seguro que mientras evitéis toda alteración que pudiera privarnos de los beneficios de un Gobierno unido, el respeto á los derechos característicos de los hombres libres y vuestro deseo de conservar la paz y la armonía, influirá lo bastante en vuestras deliberaciones para conservar los primeros y promover el bienestar del país.

»A las precedentes observaciones tengo que añadir una, que más propiamente debiera dirigirse á la Cámara de los representantes; se refiere á mi persona, y seré tan lacónico como pueda. Cuando por



Construcción del Capitolio

primera vez se me honró llamándome para que sirviera á mi país en aquella época en que comenzó la árdua lucha para conquistar nuestras libertades, la manera que yo tenía de juzgar cuales eran mis deberes, me indujo á renunciar desde luego á toda indemnización pecuniaria, sin que hasta aquí haya variado de resolución. Como quiera que ahora pienso del mismo modo, debo rehusar los emolumentos personales que indispensablemente se señalaran para el departamento ejecutivo, y ruego por lo tanto que los honorarios señalados para el cargo que voy á desempeñar, se apliquen á los gastos que se juzguen necesarios para el bien público.

»Habiéndoos comunicado con la mayor franqueza é ingenuidad todas mis ideas, me tomo la libertad de despedirme de vosotros, pero no sin suplicar una vez más al Todopoderoso, que puesto que se ha dignado permitir que el pueblo americano deliberara tranquilamente á fin de adoptar una forma de Gobierno que asegurara el bienestar de la nación,

nos ilumine y nos gué nuevamente al adoptar las medidas de cuyo buen resultado dependa la existencia de este Gobierno.»

Acompañado el Presidente del Vice-presidente, de los miembros del Congreso y de otras muchas personas notables, marchó luego á la capilla de San Pablo, donde todos se entregaron á la oración, según costumbre de la Iglesia protestante episcopal, oficiando al Obispo Provost, que acababa de ser nombrado capellán del Congreso. Con el servicio divino concluyeron las ceremonias de la inauguración, pero el pueblo prolongó la fiesta hasta la noche y las calles de Nueva-York se vieron atestadas por millares de espectadores que contemplaron admirados las espléndidas iluminaciones de la ciudad.

\* \*

Terminaremos diciendo con Laboulaye que para aquellos que como nosotros han visto pasar tantas